

ORLANDO CHIRINOS: NARRATIVA PARA CONDENAR EL PESIMISMO

LUIS BARRERA LINARES

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR, SARTENEJAS

lbarrera@usb.ve / barreralinaires@cantv.net

Orcid: 0000-0002-5654-0394

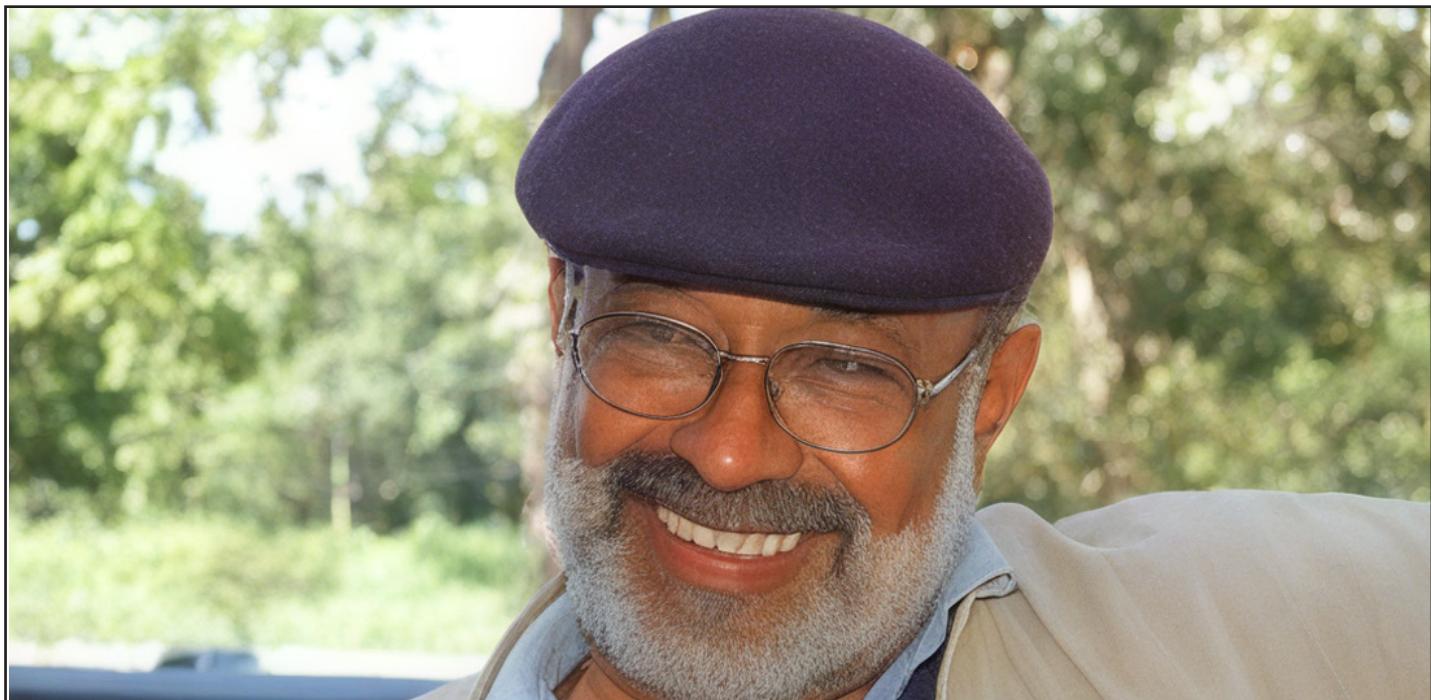


Foto:José Antonio Rosales

Tengo ya una vaga imagen de la fecha en que inicié mis lecturas de la obra de Orlando Chirinos. Lo que sí recuerdo muy bien es la época en que comencé a familiarizarme con su persona. Fue justamente en su Valencia de adopción, a mediados de los años ochenta, poco tiempo después de que ambos lográramos eso que los «concursólogos» llaman un *ex aequo* en la primera edición de la Bienal «Alfredo Armas Alfonzo», coordinada por Freddy Salvador Hernández desde el Ateneo de Barcelona.

En esa ciudad, precisamente, durante uno de estos constructivos encuentros literarios llamados Simposios de Literatura Venezolana, me llevó hasta su casa y me lo presentó el escritor venezolano que, a mi juicio, tiene el nombre y apellido más maracuchos de todos: Cósimo Mandrillo. Casi juraría que ni Mandrillo ni Chirinos recuerdan mis primeras palabras hacia el autor de ese último magnífico libro intitulado *Los días mayores*.

Ya en esa época Chirinos era una estrella, al

menos entre todas las chicas que asistían a esos eventos. No había ponente que se resistiera a sus cuentos; es decir, a sus cuentos literarios. Llevo esas palabras en la memoria porque tengo el hábito de hacer perennes mis afectos cuando nacen del primer encuentro con alguien. Como siempre, yo ya era mucho más joven y menos veterano que él, y le salí con una frase que más bien parece un manifiesto cultural de estos tiempos y que había leído alguna vez a la entrada del cementerio de Los Puertos de Altamira:



Fuente:eldienteroto.org

«Aquí cabemos todos». Formal, seriote y con contundencia de profesor, recuerdo que le dije:

—Me alegró que el jurado repartiera el premio entre los dos porque siempre he creído que aquí cabemos todos, aunque yo hubiera preferido los veinte mil bolívares para mí solo.

Creo que ese tono inicial de mi parte abrió de una vez la brecha grata para una amistad que casi parece haber sido decretada en aquel momento por el reverendo Cósimo en plena celebración de misa: «Los declaro amigos hasta que la suerte los separe».

Claro que, como uno pierde la vergüenza con los años, ahora puedo agregar que no le dije exactamente todo lo que estaba pensando; y es que ya comenzaba a verlo como un hermano mayor, no tanto por la edad —porque, a decir verdad, ya parecía mayor que él— sino por la admiración que su actuación literaria ya generaba en mí. Mientras yo compartía con él mi primer reconocimiento, Orlando ya iba como por el quincuagésimo premio él solito. Curiosamente, su primer libro llevaba un título que muy bien podría haber sido mío, *Oculta memoria del ángel* (publicado después en 1985 por Fundarte), y el mío llevaba un título que se parecía más a él que a mí: *Bebe-*

res de un ciudadano (también de publicación posterior, en el mismo 1985, por Caribana).

Es decir, avaro y tenaz —como cualquier coriano en campo petrolero— y con su porte de verdadero gitano maracucho, Chirinos se había ganado todos los premios de las Casas y Direcciones de Cultura del país. Para colmo, en 1983 se adjudicó también el Concurso de Cuentos de *El Nacional* con su magistral relato «Papeles de la guerra sagrada» (incluido luego en su libro de 1989, *Pájaros de mayo su trueno verde*). Esto sin contar una cantidad de premios municipales y otros galardones que, a mi juicio de ese momento —cuando todavía creía que la literatura era una montaña de dinero a la vuelta de la esquina—, lo convertían en el escritor venezolano más acaudalado de todos: un millonario. Y, en efecto, Chirinos se perfilaría hacia el futuro como un millonario en palabras. Hoy creo que entre él y Rafael José Alfonzo acapararon casi todos los premios de la literatura venezolana. No sé si el gentilicio tenga algo que ver, pero a pesar de que uno es cuasitrujillano y el otro maracucho de nacimiento, ambos están vinculados al estado Falcón. Es un curioso fenómeno geográfico de nuestra literatura, digno de una tesis.

Digo esto como introducción y en el tono

conversacional con que Orlando y yo cultivamos la amistad y las angustias literarias desde que éramos más jóvenes, para retomar ahora la formalidad que implica una ponencia en un evento tan prestigioso y legendario como este. Me permito, entonces, hacer algunos señalamientos sobre la ubicación de su obra en la narrativa venezolana. No podría decir que Orlando Chirinos era un escritor desconocido, porque realmente no lo es; pero sí me atrevo a argumentar que, cada vez que pueden, los críticos le «sacan el cuerpo» a su obra.

Y es que Chirinos fue raro; bueno, no tanto como «raro», porque esa palabra no cuadraba con su personalidad y no creo que le hubiese gustado mucho, pero sí era extraño. Era extraño en las formulaciones de una prosa que, entre lo lírico y lo narrativo y mediante la combinación de ciertos giros de la oralidad con algunos dialectalismos y arcaísmos, resulta «demasiado escritor». Eso, en este país, no lo aceptan quienes niegan al resto de la literatura nacional para autoconfigurarse como estrellas únicas en un supuesto universo de nulidades. Lo aceptaron como escritor, pero lo miraron con recelo buena parte de quienes no han vivido más que para escribir al mismo ritmo que acrecientan sus «egotecas» personales.

Obviamente, no puede ser bien visto quien se dedicó de verdad a la literatura, publicó libros y fue reconocido (anónimamente) por diversos jurados. Tiene que resultar sospechoso un escritor nacional que, habiendo nacido en Maracaibo en 1944 y vivido después en Curiaguá y Punto Fijo, escribía como si —para el juicio de esa exclusión disimulada— hubiera estudiado entre Madrid, Coro, París, Londres y Casigua. ¿Por qué? Porque a pesar de que lo tildaron alguna vez de narrador «ruralista», tuvo la virtud de codearse con el idioma como si escribiera no solo para los habitantes del barrio Santa Lucía o de Borburata, sino para cualquier parte del mundo donde se lea español.

Es decir, la narrativa de Chirinos tiene vocación de escritura universal, y eso en Venezuela puede ser peligroso: si llegan a descubrirlo fuera, más de una egolatría hinchada se desinflará. Tuvo la virtud de escribir sin los temores propios de quienes, en busca de la gloria prematura, escogen las palabras con pinzas sin percibir que las pinzas dejan costuras y marcas. Alguna vez tendrán que reconocer que fue un silencioso escritor ajeno a las alharacas, incluso tímido con periodistas y críticos, pero con una contundencia lingüística que no deja lugar a dudas.



Ya imagino a los lectores de otras lenguas llamándolo *Don Orlando Chirinos*, *Monsieur Orlandó Chirinós*, *Mister Orlando Chirinos* o *Signore Orlando Chirinos*; o el «mollejú» y «vergatario» Orlando Chirinos, como seguramente le diríann en otras regiones del país. Creo que una de sus principales virtudes es que, si de verdad a la hubiese llegado a su meta —como esperábamos sus rivales y amigos—, hubiese llegado solo, pues careció de los padrinazgos a los que son tan adeptos otros autores. Esos que creen que no pueden sobrevivir si no están pegados al corsé o a la chaqueta de un escritor más reconocido. Esa manía ha convertido nuestra literatura en un archipiélago de grupitos nucleados en torno a ídolos que les sirven de soporte, pero sin pedestal propio. Como dije en un trabajo anterior, sobran entre nosotros los «circullitos» de ramosureanos, galleguianos, uslarosos, menesistas, balzeros, garmendigos, cadeneros, montejeses, antillaneros, matagilosos, torrejos, trejudos, herraluquianos, sanchipelálicos o picónsalados. Manuel Bermúdez fue más «globalizador» en esto —y quizás más agudo— al concentrar todo en dos grandes categorías: los que «galleguean» y los que «octaviopaztan».

Por eso se me hace difícil ubicar dentro de un solo renglón la obra narrativa de Orlando Chirinos: variada, polifónica y muy distinta en cada libro. Uno lee, por ejemplo, su primer volumen, *Última luna en la piel* (1979) y, si

bien se perciben ya las redes de una estética personalísima, al mismo tiempo se siente muy diferente de lo que planteará más adelante en las novelas *En virtud de los favores recibidos* (1987), *Adiós gente del sur* (1991), *Imagen de la bestia* (1994) o *Parte de guerra* (1998); o en el volumen de cuentos *Mercurio y otros metales* (1997), aparte de los títulos ya mencionados (*Pájaros de mayo su trueno verde*, 1989). Cada volumen es una caja de sorpresas lingüísticas que revela una constante actitud de búsqueda.

Podría decir, además, que su obra se consolida con la pronta publicación de su último libro de cuentos, *Los días mayores*. Se trata de un volumen de relatos en el que Chirinos perfecciona la técnica —ya experimentada en *Mercurio y otros metales*— de poblar los cuentos de un solo libro con personajes y anécdotas comunes, al tiempo que cada historia funciona de modo independiente. En ese breve volumen, el narrador incita la curiosidad del lector y casi lo conmina a juntar los hilos de una macrohistoria común en la que la adulancia, la aberración sexual y política, la violencia militar, los rituales funerarios escabrosos y la imbricación entre realidad y ficción logran fusionar héroes y antihéroes en un interesante juego de vidas cruzadas, parodia y humor. Es una secuencia de relatos en la que el autor confirmó definitivamente los rasgos de su original trayectoria y demuestro la actitud de aquellos escritores que produ-

cen para la permanencia, y no para la reseña fugaz o el elogio circunstancial. Por ello decía antes que fue un escritor extraño por particular, como lo fueron Denzil Romero, Eduardo Liendo, Oswaldo Trejo y Antonieta Madrid.

Resumo, pues, el retrato que a través de la lectura de su obra ha logrado hacerse mi —a veces afable, a veces perversa— tía Eloína. Mediante la evocación de los distintos títulos del autor, lo describe del modo siguiente: Orlando Chirinos fue maracucho de nacimiento y vivió en Curimagua, Valencia y Punto Fijo (aunque no tenía porte de puntofijista); fue profesor y controlador aéreo (razón por la cual jamás parecía perder el control de sí mismo); de los premios pretéritos, presentes y futuros del país y más allá, apenas le faltó el Kino. No hizo carrera literaria en virtud de favores recibidos de nadie; escribió con mercurio y otros metales para decir adiós a la gente del sur, del norte, del este y del oeste; no creyó en pajaritos preñados en mayo ni en sus truenos verdes y, aunque la gente pensaba que lleva por dentro la imagen de la bestia, él insistió en ocultar su memoria de ángel porque sabía de sobra que la última luna que llevaba en la piel era su más seguro parte de guerra para la permanencia de su obra en los días mayores.

En fin, aquel envidiado compañero de premio de mediados de los ochenta fue un escritor de una sola línea vertical que, sin complejos ni prejuicios, demostró ser un verdadero señor de la palabra. Más allá de las envidias, habrá que leer con detenimiento su narrativa de exportación.

Referencias

- Chirinos, Orlando (1979). *Última luna en la piel*. Caracas: Fundarte.
- Chirinos, Orlando (1985). *Oculta memoria del ángel*. Caracas: Fundarte.
- Chirinos, Orlando (1987). *En virtud de los favores recibidos*. Caracas: Selevén.
- Chirinos, Orlando (1991). *Adiós gente del sur*. Caracas: Alfadil.
- Chirinos, Orlando (1994). *Pájaros de mayor su trueno verde*. Maracaibo: EDILUZ.
- Chirinos, Orlando (1994). *Imagen de la bestia*. Caracas: Grijalbo.
- Chirinos, Orlando (1997). *Mercurio y otros metales*. Valencia: Fondo Editorial Predios.
- Chirinos, Orlando (1998). *Parte de guerra*. Valencia: Universidad de Carabobo.
- Chirinos, Orlando (por aparecer). *Los días mayores*. Caracas: Monte Ávila.